

Recuerdos...

Era una hermosa mañana del mes de Febrero. Salimos un grupo de amigos, con objeto de soborear la soledad y la paz de las montañas y dejar el bullicio de la ciudad. En aquella mañana de invierno, parecía que la naturaleza se había vestido de primavera: los pájaros salían de sus nidos cantando y anunciando el buen día que iba a empezar, mientras nosotros nos íbamos alejando de aquella ciudad con todos sus bullicios y perdiciones.

Nos encontramos ya en plena montaña, subiendo. A lo lejos divisamos la ermita en la cual habíamos de oír la Santa Misa. A nuestro paso nos salía algún perro que nos aullaba como queriéndonos decir que porque íbamos a turbar la paz en que vivía. Nosotros, subiendo y cantando, nos admirábamos de la grandeza de Dios que con su Omnipotencia, había creado aquéllo; unos precipicios que parecía que allí terminaba el mundo y los llanos que teníamos a nuestros pies, que con sus pueblecillos parecían un paisaje de pesebre...

Al fin llegamos a la ermita. A fuera había muchos compañeros de otros pueblos que como nosotros habían salido a pasar el domingo en completa tranquilidad, y aunque desconocidos, parecía que fuéramos hermanos, pues nos unía un mismo ideal.

De pronto, la campana púsose a tocar; estaba a punto de salir el sacerdote a decir la Santa Misa y entramos enseguida en la iglesia. Aquella Virgen rodeada de cirios y candelas, nos recordó que era la festividad de la Purificación de Nuestra Señora. Habíamos, pues, escogido un buen día para visitar

aquella Virgen que se encontraba desde hacía siglos en aquel altar.

Nos encontramos ya en el momento de la elevación de la Sagrada Forma. Aquel acto de máxima sublimidad, celebrado en aquel sitio solitario, encontró dentro de nuestro pecho aquella emoción de la que son incapaces los que se quedan en la ciudad y nos miran con aire de superioridad cuando regresamos de alguna excursión. Después de la Elevación, el Padrenuestro; Aquél «Adveniam regnum tuum», resonó dentro de nuestro espíritu como un clamor que el Ministro de Dios dirigía al Cielo, aquel cielo tan cerca de nosotros en aquel lugar.

Por la tarde, tuvimos que regresar a nuestra ciudad; nuestro corazón se entristecía al pensar que habíamos de dejar aquella ermita que guardaba en su seno aquella Virgen de Tagamanent, y aquel santo sacerdote.

* * *

Habían transcurrido unos años desde aquella inolvidable excursión. Vino la revolución y con ella la guerra.

Nosotros estábamos ansiosos de saber que había sido de aquella ermita. Hasta que una mañana nos decidimos a salir y al llegar allí, ¡oh horror!, la ermita estaba deshecha y el cementerio profanado por manos sacrílegas. Las lágrimas vinieron a nuestros ojos; probamos de arreglar cuando menos aquel pequeño cementerio tapando como pudimos los nichos desiertos, hasta que, no pudiendo más, tuvimos que marcharnos de allí con los ojos bañados en lágrimas y el corazón deshecho.

F. COROMINAS